

Las semejanzas existen: es verdad que los dos textos comparten la técnica del fragmentarismo y que algunos episodios van en paralelo. Pero en la nueva entrega, el aire irrespirable de la posguerra, con toda su carga de mezquindad moral, lo inunda todo. Estamos ante una rememoración que chapotea en el lodazal de los años grises del primer franquismo. Un marco de perenne indignidad.

Vayamos por partes. Toda reflexión sobre *El hombre indigno* debe partir del análisis de la citada técnica del fragmentarismo. Rabinad construye el texto con fragmentos, de la sucesión de estampas. No creo que sea un recurso azaroso, sino todo lo contrario. La radical propuesta literaria que es *El hombre indigno* tiene como base la utilización de una técnica que responde a la voluntad del narrador de ser coherente con sus posibilidades en tanto ser hecho de recuerdos. Me intentaré explicar con la ayuda de Borges: si uno no es Funes, difícilmente podrá rememorar su existencia como un *continuum* ya que nuestra memoria es fragmentaria, graba lo que juzga como significativo. De este selectivo material surge esta experiencia excepcional.

La coherente apuesta técnica va en paralelo a la imagen que Rabinad da de él mismo. La autocomplacencia —pecado prácticamente consubstancial al acto narcisista del escritor que dice yo— es, en mi lectura, difícil de

detectar. No estoy refiriéndome a impasibilidad ni a objetividad. Nunca es un punto de vista aséptico el que toma la voz del relato. La mayoría de las veces la visión de lo narrado sufre la distorsión de unas lentes que tocan multitud de registros: desde lo irónico a lo agrio, pasando por la conmiseración. Y con lo colérico como fondo rítmico permanente e inevitable ante un mundo triste que el paso del tiempo no consigue edulcorar.

La ausencia de autocomplacencia le otorga a *El hombre indigno* un carácter de excepcionalidad en tanto que es una valiente apuesta moral. Lo común que nos ofrece el memorialismo es un testimonio de la peripecia vital donde se premia la circunstancia por encima del yo. Rabinad podría haberlo hecho —por el libro se pasea la sociedad literaria barcelonesa de finales de los cuarenta: el mundo de los premios, los bohemios, los nuevos escritores, la órbita de *Destino*—, pero ha tomado otra senda. No es la simple rememoración nostálgica ni el anecdotario de la vida y milagros de los cenáculos literarios, sino otra respuesta a la pregunta de la identidad.

Fundamento del libro de Rabinad es la concepción que la vivencia de la indignidad es fundamental en el proceso de maduración. El narrador, indignidad tras indignidad, configura su carácter. El sujeto moral, en permanente actualización hacia la consecución de la plena

madurez, es alérgico a los sedantes de la sentimentalidad. Un ejemplo –y se podrían multiplicar–, una manifestación literaria de lo dicho, es el preciosismo de la cruda descripción fisiológica.

Como si se tratara de *la vida* de una mística, el libro puede ser leído como un almanaque de indignidades. *El hombre indigno* ofrece una interpretación valiente de los caminos de maduración personal. Por eso no es raro que la dimensión de lo privado (de la sexualidad a la enfermedad) predomine sobre lo público porque el desafío del texto trasciende el recuerdo quejumbroso de la miseria moral de la posguerra y el franquismo.

La literatura memorialística de Rabinad conforma un *corpus* de los más interesantes y renovadores de las letras autobiográficas del presente. Pero no es autónomo ni cualitativamente distinto que el de su obra de ficción. Todo lo contrario: uno ilumina y explica al otro (como muestra un tipo de apéndice –los *residua*–) configurando un mundo literario –con sus neurosis y que-rencias características, una de las cuales es el buceo en la memoria personal– tenazmente elaborado y que ha de ser necesariamente reivindicado, urgentemente (re)leído.

**Jordi Amat**

## La diplomacia y el Desastre colonial\*

La historiografía de las relaciones internacionales del 98 caribeño aún cuando es extensa, ha tenido características particulares. Los especialistas explican con acierto el entramado mundial y la incidencia del problema cubano en los ámbitos de la comunidad internacional. Sin embargo, las investigaciones se han centrado en el análisis de la diplomacia de los actores protagónicos, es decir, Estados Unidos y España, y en grado menor, la política exterior europea también ha merecido atención. Ante ese panorama son escasas, si no nulas, las interpretaciones que den cuenta de las actividades diplomáticas de España y Cuba en Latinoamérica. En las aisladas obras, sobre todo cubanas, privaba un reproche perenne que sólo sabía señalar cómo los gobiernos de los países latinoamericanos habían sido

\* Salvador E. Morales Pérez, Agustín Sánchez Andrés, *Diplomacias en conflicto. Cuba y España en el horizonte latinoamericano del 98*, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1998, 378 páginas.

indiferentes a la suerte de la isla hermana. No obstante, paulatinamente, al cobijo de nuevas reinterpretaciones y enfoques, los investigadores contemporáneos han venido a demostrar las causas profundas del actuar latinoamericano. En ese contexto, la obra de Sánchez y Morales viene a contribuir poderosamente al tema por dos razones. En primer lugar destaca el esfuerzo por particularizar cada una de las realidades latinoamericanas para ofrecer un rico panorama y encontrar continuidades y rupturas entre las diversas reacciones de los gobiernos ante las embestidas de las diplomacias española y cubana. En segundo, la investigación contribuye a derribar el paradigma de las relaciones internacionales que privilegia el análisis de los centros de poder y decisión, en olvido o desdén de otros sujetos, en este caso los Estados cuyo estatuto internacional no fue determinante para decidir el rumbo del diferendo internacional y, sin embargo, sí merecieron una atención especial y jugaron roles específicos ante el evento del 98. Como el título lo indica, el estudio aborda los conflictos de las diplomacias española y cubana en su lucha por inclinar la balanza a favor de sus intereses en el marco de la abierta discusión de la soberanía española a raíz de la guerra independentista en la isla cubana iniciada en 1895 y la subsecuente intervención militar estadounidense en 1898.

En la parte española, Sánchez Andrés describe la trama compleja tejida por la diplomacia hispana en América Latina, la cual tuvo como base tres objetivos en orden jerárquico: impedir el apoyo oficial de los gobiernos latinoamericanos a la causa separatista insular que se tradujera en una postura continental, cuidar las actividades filibusteras de los emigrados caribeños y, finalmente, reactivar los discursos y proyectos hispanoamericanistas. No obstante, en la consecución de las metas España distinguió las regiones y los países en función de su ubicación geográfica o su posición política y grado de influencia continental. Asimismo, la monarquía contó con el efectivo soporte de la emigración española para concretar sus objetivos. En ese sentido, las naciones aledañas a la zona del conflicto merecieron un esmero y presión constante como fueron los casos de México, Centroamérica y Venezuela. Mientras en otros se ponderaron otras razones para la acción, como en el Cono Sur. Más allá de visualizar la acción española desde la unilateralidad, el investigador subraya cómo los gobiernos latinoamericanos vieron en el movimiento cubano una coyuntura valiosa para presionar a la antigua metrópoli y solucionar cuestiones de las relaciones bilaterales; y ésta, en aras de los objetivos primordiales del momento, flexibilizó su política participando como interlocutor y

mediador de las fricciones intralati-noamericanas. Para el autor el balance final fue favorable para España, al conseguirse los objetivos primarios en el sentido de frenar toda iniciativa oficial en beneficio de los insurrectos. Y aun cuando la guerra con Estados Unidos significó la pérdida irreversible de las colonias caribeñas, la monarquía, a pesar de la crisis interna y externa, tuvo la visión de considerar a los Estados latinoamericanos como sujetos nada desdeñables en el diseño de su política exterior.

Hasta aquí tenemos sólo una parte de la historia anunciada. En la segunda toma la pluma el infatigable investigador cubano Morales Pérez quien emprende el difícil reto de explicar cómo fue la acción desplegada por el Partido Revolucionario Cubano hacia Latinoamérica. Difícil porque aún no se han podido erradicar del todo las interpretaciones superficiales que oscilan entre la persistente acusación a los gobiernos latinoamericanos y la constante exaltación a la organización cubana, lo cual evade el análisis profundo y el cuestionamiento serio y concienzudo de los alcances y limitaciones tanto de la organización política, como de los dirigentes. Así, una de las primeras tareas consistió en apreciar el funcionamiento, las visiones, capacidades, recursos y estrategias, del servicio exterior cubano y de los encargados de ejecutar la diploma-

cia, para después analizarlos en el contexto latinoamericano. Sin embargo, la historia narrada por Morales no se reduce a la esfera de la diplomacia oficial, se acerca a otros territorios sociales y políticos de los escenarios latinoamericanos, como la influencia y lugar del exilio cubano en estas sociedades, las características ideológicas y socioeconómicas de los regímenes, la composición social y política de los grupos de presión, y los ubica como factores importantes de análisis. Asimismo, señala cómo la interpretación que hicieron los gobiernos latinoamericanos de las formas y reglas del derecho internacional decimonónico, en especial de la figura de la neutralidad, coartó en buena medida el apoyo a los cubanos e inclinó la balanza al lado metropolitano. Así, en un amplio abanico de «neutralidades», Morales coloca en el extremo la Guatemala de Justo Rufino Barrios, abiertamente anticubana; después enfatiza los casos de México y Colombia, donde los gobiernos atados por compromisos anteriores, se mostraron benevolentes hacia España aun cuando fueron flexibles a los gestos solidarios de algunos sectores de la población. En el caso mexicano, a pesar de que se dieron diversos acercamientos entre los agentes insulares y la clase gubernamental, incluido el propio presidente Díaz, éstos no traspasaron las fronteras de la informalidad. En el